

Nuestra Epoca

Revista Política y Literaria

PRECIO EN LIMA 10 CENTAVOS

Año I

Lima, 22 de junio de 1918

No. 1

EXPOSICION

Este no es un periódico más que viene á servir intereses determinados. No nos lo consentiría nuestro orgullo de escritores nuevos no contaminados con ninguna vergüenza ni con ninguna responsabilidad. Este es un periódico totalmente nuestro. No lo sacamos por cuenta de ninguna facción política.

Nos parece indispensable decirlo para que no se nos achaque ni se nos busque vinculación ó afinidad con alguno de los ramplores y estóolidos partidos que, alternándose en el poder, se alternan también en el desprecio popular.

Sale "Nuestra Epoca" en una hora de órganos electorales y de abigarrados pasquines, grotescos y mercenarios todos, para encender una luz limpia y firme en medio de tanta tenebrosidad y de tanta sordidez. Nos proponemos quemar, acaso inútilmente, el organismo político del país, tan corrompido, ya que tan solo la acción material del fuego puede purificarlo.

No vamos á hacer un periódico de prociadidad y grosería. Vuestras plúmas que tan buena y cariñosa hospitalidad reciben en los hogares de la prensa metropolitana, no son capaces de encanallarse ni de renunciar á los atributos de su dignidad y de su decencia.

Sacamos este periódico y le ponemos de nombre "Nuestra Epoca" porque creemos que comienza con nosotros una época de renovación que exige que las energías de la juventud se pongan al servicio del interés público. Y, en plena juventud, comprendemos nuestro deber de concurrir á esta reacción nacional con toda nuestra honradez y con toda nuestra sinceridad ardorosas y robustas.

Aportamos á esta obra el conocimiento de la realidad nacional que hemos adquirido durante nuestra labor en la prensa. Situados en el diarismo, casi desde la niñez, han sido los periódicos para nosotros magníficos puntos de apreciación del siniestro panorama pe-

ruano. Nuestros hombres figurativos suelen inspirarnos, por haberlos mirado de cerca, un poco de desdén y otro poco de asco. Y esta repulsa continua nos ha hecho sentir la necesidad de buscarnos un camino propio para afirmarla y para salvarnos de toda apariencia de solidaridad con el pecado, el delito y la ineptitud contempo-

No crea el lector que NUESTRA EPOCA aparece para perfilar dogmas. Es un periódico doctrinario. Pero no es un periódico que aspira á actuar presuntuosamente como maestro ni como catedrático. Se equivocará muchas veces seguramente. Solo que cuando se equivoca por lo menos no le habrá pagano nadie su error.

El programa político de NUESTRA EPOCA es bien sencillo. Dos palabras podrán definirlo: decir la verdad. Esto nos parece que sobra para exhibirnos emancipados de la tutela de los intereses creados y de las gentes incapaces que, amparados por esos apellidos sociales y esas reputaciones falsas que decoran este teatro criollo y estúpido de la política nacional, medrarán á su gusto hasta que la patria deje de ser una especie de casa de tolerancia con beneficios prácticos para unos cuantos á costa de la prostitución de los demás.

NUESTRA EPOCA es también un periódico literario. Representará no solo la capacidad estudiosa y el esfuerzo reformador de la ventura intelectual á que pertenecemos. Representará asimismo la aptitud artística. Y la representará con la misma pureza. Aparecerán en estas páginas prosas y versos selectos de los jóvenes consagrados ya por el aplauso público.

Queda así apuntada rápidamente, lo más rápidamente posible, la significación de NUESTRA EPOCA. Únicamente nos resta una advertencia final y tranquilizadora. La de que, aunque somos literatos, no haremos literatura en la política, ni haremos política en la literatura.

Hay que educar al pueblo

Por FELIX DEL VALLE

No hemos llegado todavía á la democracia. No se ha revelado siquiera el sentido democrático en nuestro país. Este es un pueblo en que existen los rótulos de las cosas, pero no los contenidos. Política y moralmente es un fraude. Su historia es la narración constante de una incompetencia salvaje. A raíz de la independencia no se han producido sino luchas físicas, escamoteos de plazuela con tiros y sangre, para satisfacer las frondosas necesidades de apetitos inmoderados. Las cámaras, en la mayoría de las veces, no han sido otra cosa que receptoras de candidatos á ti-

rarle un tajo al presupuesto, de jaraneros de la idea y de comerciantes, más ó menos airosos, que han traficado con la noble función de hablar conscientemente. Dentro de ellas han mal convivido, generalmente, mayorías, hartas del estómago, que denominaron al ciego servilismo, disciplina, y oposiciones grotescas, sostenidas; aunque esto parezca paradójico, por el exceso de hambre que las ha hecho dar gritos sin control. En medio de tal desbarajuste, los hombres eficientes, se han visto obligados á soportar la necia responsabilidad de cuerpo

Y el fraude ha subsistido y lleva trazas de perpetuarse. Ser venal es gozar de robusta salud. El dinero hace el mérito y la intriga es la condecoración que asegura y responde del talento. Los hombres que logran los altos puestos, solo por ser dueños de alguna libra de indignidad, careciendo de suficiencia para desempeñarlos, son unos cínicos estafadores de la candoridad colectiva. La democracia ha servido para que brote un tipo medio en la política, un amasijo de cloaca intelectual y de desagüero moral, mezcla híbrida del chulo español y del postizo señorito criollo. En esta clase de hombres está indirecta, pero firmemente, asentada la gobernación del país. Los de positiva mentalidad hacen un papel secundario. El pueblo ni los conoce ni los rodea.

Así tenemos individuos integralmente defectuosos porque en la acuñación de su personalidad entraron en sólida dosis, vicios y falsedades, á cuales más negativos y repelentes.

En vez de significar la democracia el triunfo de la competencia ha venido á resultar la exaltación del vacío con caracteres de persona por una serie de herencias que lo han aumentado. Vivimos en un desierto mental en el que las fuertes inteligencias se contentan con adherirse, por medio de un verbo inspirado, á los movimientos paralíticos de la vida nacional. Somos una cueva de gitanos, listos para la viveza del negocio ilícito, inertes para fijar una orientación verdaderamente seria y realmente patriótica. Se pregonan demasiado los sagrados heroísmos que son granos de magnífica pureza y brillo, entre la masa oscura é ignominiosa de nuestra vida independiente.

Seguimos así, ante la brutal indiferencia de todos, de artificio en artificio, de necesidad en necesidad, con un sistema fraudulento que es preciso liquidar, no con revoluciones armadas que representan siempre la regresión, sino con la pacífica y penetrante labor de hacer capacidad para las ideas. Constituir la patria, no en los desfiles con charangas, sino en la conciencia de los ciudadanos para hacer de cada uno de ellos un elemento responsable. Eliminar esta política criolla de la postura y del cubilete que se desliza por la doble vía de la rutina y la inmoralidad. He ahí nuestro deber. Tal es, también, la aspiración de las modestas plumas aquí reunidas.

POLITICA TESTICULAR

Fuera de esos hombres medianos que casi siempre nos gobiernan hay otros tipos curiosos que son sus sostenedores. De este conglomerado, de estas influencias recíprocas de castas de incapaces y de corajudos, está compuesta la capa directora de nuestro pobre país. Estos hombres curiosos son los que creen que la política es cuestión de mayor ó menor tamaño de los testículos. Así me lo expresó cierto exdiputado en alguna ocasión:

—Desengáñese usted, me dijo, aquí lo que hace falta son testículos.

Como si los leones, que en el concepto de este imbécil, serían los

mejores políticos, rigiéran ó inspiraran la marcha del mundo. Ignora que la humanidad, la vida humana, es la imposición constante de la inteligencia al instinto. Para este hombre elevado á uno de los más altos recintos por la ignorancia colectiva, Wilson debe ser una especie de beata que se preocupa mediante el pensamiento y el estudio de forjar una vida nueva y cómoda para los pueblos; Lord George que interna en los cerebros de sus connacionales la idea central de la precisión de defenderse en esta lucha, un pobre mono de nuestras montañas transplantado á Inglaterra para hacer muecas; el Kaiser un loco que gobierna á una nación en total estado de locura, y los jóvenes intelectuales españoles que se agrupan para exigir una renovación violenta que salve á su país, unos pobrecitos que no saben lo que se dicen. Pero este hombre, ex-diputado, es capaz de batirse todos los días y la muchedumbre celebra su aptitud para esa farsa consuetudinaria del duelo. (1) ¡Pobre multitud!

El único duelo serio que ha tenido la patria, y que fué con Chile, lo perdimos. Por sobre de gentes con testículos á la manera de nuestro ex-diputado y por falta de entidades que hubieran localizado en cada cerebro el concepto de la patria y la responsabilidad que tal concepto reclama.

NUESTROS MALES

Si echamos una mirada panorámica sobre casi todas las instituciones del país veremos como en sus raíces mismas han caído ya las gotas destructores. Nadie confía en un ideal, nadie lo levanta sobre sí mismo, todo es tender una red de vías hacia el estómago que viene á ser la estación permanente de donde arrancan todas las iniciativas y adonde regresan transformadas en hefeiteos. Cargamos de patriotismo la palabra que es como una grúa de mentido ideal que descende á un bajo fondo "práctico" para extraer una recompensa material inmediata.

Así son la mayoría de nuestros hombres políticos y así se resuelven nuestros problemas más importantes. Y saltando de una esfera á otra se encuentra la misma desviación derivada de la inicial. Ser ministro, por ejemplo, no es una retribución á la competencia, á la serie de pruebas efectivas de capacidad dadas por un hombre sino una recompensa al favor zarzuelesco, á la lealtad de opereta, á un designio del azar ó á una "testiculada". La culpa no es de ningún partido sino de todos los hombres, inclusive de los que estamos en la lactancia de la vida. Nadie ha señalado con ardor el engranaje interno de los resortes de la patria. Ni nuestro pueblo tiene siquiera esa concepción rudimentaria de los cultivados que le permite saber al individuo porque está colocado en una sociedad civilizada y cuál su misión dentro de ella. Somos una agrupación de elementos físicamente humanos con caracteres intelectuales de gramófonos. Ha sido un éxito absurdo el de los gobiernos "celosos de la educación del pueblo". Nosotros no advertimos ese progreso cívico. Que importa que sepamos leer y escribir mecánicamente sinó tenemos idea de nada. Remedamos civilización y cultura. Los loros y los monos son nuestros compatriotas porque son los grandes simuladores de la especie humana en sus estados inferiores. Es igual lo que se ha hecho con respecto á la educación á que dotásemos á un labrador de los utensilios indispensables para perforar las entrañas de la tierra sin otorgarle un fragmento de las entrañas mismas. Necesita el pueblo educación política para que aprenda á proceder.

Hay que desgarrarlo de los hombres y aferrarlo á las doctrinas. Dirá la vulgaridad: algo se ha hecho, hay escuelas, por algo se comienza. Esa es la eterna defensa deleznable. Los que no han hecho nada, frente á estos que lo han hecho mal, tienen mayor mérito. "Dejar de hacer es malo; mucho peor, sin embargo, es hacer inútilmente."

El defecto de la educación nacional es sustancial. No hay un rumbo, un índice, una orientación que en la plenitud de nuestra vida nos diga cuáles son nuestros deberes y cuáles nuestros derechos. El pueblo, sano en el fondo, el pueblo que no es la matonería vocinglería que viva á éste ó aquel candidato, igualmente execrables, está hastiado de la política y vende, como si le pagaran un chiste, su voto que es la fuerza democrática de su patriotismo. Este pueblo tiene la conciencia de que "todos los políticos son iguales" y la inconsciencia le impide darse cuenta de que el remedio se encuentra en sus manos. Por eso malbaratea su voto individual que es como un átomo de la sustancia de la patria. No comprende que el sólo hecho de que le compren lo que no es lícito comprar está demostrando que el hombre que así procede carece de moral y, en consecuencia, no puede hacer un buen gobierno. Esta es la primera raíz del bosque del mal que ensombrece la vida nacional y que es preciso talar.

Va á hacer un siglo que se vuelven las espaldas á estas nobles advertencias. Y hace un siglo que los "vivos" dominan, y no sentimos el olor que despide la patria semipodrida ya porque la gangrena de su organismo moral se lo está comiendo todo.

ES PRECISO REACCIONAR

Así, como somos y como estamos, hacemos una vida progresiva de cangrejos. Esta juventud no quiere revisiones del pasado porque sabe lo que es provocar una lluvia. Cerremos las puertas de la historia y abramos las del porvenir. Este es un país de suelo privilegiado y de nobles tendencias morales torcidas por el interés mezquino de los que por razones del azar están arriba. Un país—valga la frase— que se rompe la cabeza con sus propios pies. Nadie ha querido fecundar los tesoros materiales ni recoger las palpitaciones de salud espiritual para canalizarlas en una dirección ideal. El idealismo, como trataremos de probarlo en próximos artículos, es el único sentido práctico de las colectividades constituidas en nación.

Nuestro principal defecto es estar á sabor con los hombres, cosa que sólo se concibe en las hembras todas carne y lascivia, en vez de vivir con el sistema, la doctrina ó el plan de gobierno sustentados, por los hombres. Tenemos "ca-

"Nuestra Epoca"

mote"—para hablar en los más huachafos términos criollos— por Fulano y por Zutano, dueños de grandes fortunas ó de grandes testículos, sin indagar si tienen cerebros, y nos jugamos la vida por ellos ó por el destino ó el favor que han ofrecido á nuestra holganza, como la meretriz se deja apuñalar en defensa del rufián que vive de ella. Esa es la forma sucia de felicidad en cuyo perseguiamiento empleamos nuestras más ricas energías.

Mientras que la evolución constante en las ideas es el sistema activo en la vida de las sociedades, la sustitución de una persona inepta por otra más inepta aún, sigue imperando aquí. Todo por que el pueblo no está capacitado para asumir un severo control. El no tiene la culpa de nada puesto que en la nada se le deja. Son los malos políticos, en primer término, los que han defraudado, y, en segundo, todos los ciudadanos del país que han rematado su sinceridad, como un chisme de bazar, ó han prescindido de ella. Con esa sinceridad en la mente entenderíamos que el Perú, los habitantes del Perú, los que defenderían la patria si les infiltráramos capacidad de comprender por que tienen esa obligación, son esas gentes que nuestra frivolidad y nuestra incompetencia desprecia ó corrompe. Es menester recogerlas, ampararlas, educarlas. Comprenderían entonces que los hombres llamados á dirigirnos no son los capitalistas é industriales sino los que se han hecho á fuerza de talento y de estudio. Sabría distinguir los valores legítimos de los valores falsos. Luego de realizada esta selección, vendrían cañones y rifles, que una bala cuando no es la prolongación del espíritu y de la conciencia es un cohete en el aire que más bien parece disparado en honor del adversario. Comencemos por allí, por ser sinceros antes que ser patriotas á la manera de ese pueblo de los clubs, que pone el escudo nacional en la etiqueta del frasco de aguardiente que le da impulsos para hacer alarde de que puede matar á un compatriota de la otra pandilla. Rechazemos indignados tal mistificación del patriotismo. Ese no es el pueblo del Perú. Veámos que los candidatos ni siquiera representan la jerarquía del pensamiento en los círculos de donde salen. Hagamos atmósfera de patria democrática. Y pensemos en esto: un pueblo que no elimina de sus esferas interiores á los hombres que por incapacidad corrompen y defraudan y, más bien, los elige y reelige es un pueblo que con su torpeza contribuye á su propio suicidio. Y el suicidio, en un caso así, es la muerte por estupidez.

FELIX DEL VALLE.

Lima, 1918.

MIRADOR POLITICO

La sucesión presidencial

Estamos aun lejos de las elecciones presidenciales. En otra época ya sería hora de que comenzase la grotesca zarzuela de los clubs y de los discursos. Pero en esta época el período electoral es más corto. El automóvil, el teléfono, la telefunken y la rotativa han abreviado la duración de los trabajos políticos. Un candidato puede ser popular en un mes. Y puede derrotar á otro candidato en dos semanas con tres jornadas cívicas y cuatro tiros al aire. El señor Aspíllaga, postulante actual, se halla en aptitud de dar fe de

lo que decimos.

El problema de la sucesión presidencial vuelve á ser, por supuesto, el problema de siempre. El gobierno, que es hoy un gobierno de clase, quiere que el gobierno venidero sea el que le sienta y acomode. Y mira con el mayor desdén el sentimiento del pueblo. Aunque, si nos atenemos á la ley, el pueblo será el elector.

El candidato oficial que nos amenaza es, pues, un candidato de clase. No sabemos todavía á ciencia cierta si será el señor Aspíllaga quien á título de buena per-

sona aspira nuevamente á la presidencia de la república. Pero sabemos desde ahora, que será siempre un candidato de clase. Y que candidato de clase, averiguado como está quienes pueden serlo, quiere decir candidato incapaz y decorativo.

¿Quiénes designarán á ese candidato? Se asegura que será una convención de los partidos. Y que el candidato que salga de ella se llamará "candidato nacional" como se llamó á su turno el señor Pardo.

Y bien. El nombramiento por la convención será para todos los hombres honrados la peor recomendación que pueda exhibir un candidato. Apenas si hay que fijarse en los partidos que tomarán parte en ella para comprobarlo. Ninguno de esos partidos es dueño del menor proselitismo popular. Los delegados que mandarán á la convención serán, casi en su totalidad, las pobres gentes, más ó menos figurativa y más ó menos desvergonzadas, que sirven habitualmente en Lima para asambleas, besamanos y otros simulacros.

Pasemos revista ligeramente á los partidos que probablemente se juntarán y arrebañarán para que tengamos otro "candidato nacional" como el señor Pardo.

Uno de esos partidos será, naturalmente, el partido civil que, anarquizado y caduco, apenas si representa unos cuantos millones de soles y otros tantos latifundios. Otro de esos partidos será el partido constitucional que, sin duda, tiene toda la traza de una falange de museo, de una colección de antigüallas y de un bata-

llón de coronetes indefinidos que, en gracia á la gloria de la Breña, no merecen más que ser entregados á la custodia del señor Corbacho. Otro será el partido demócrata que, inhumado por algunos viejos parientes y amigos del señor de Piérola, quiere seguir girando contra la popularidad de la coalición sin reparar en que le ha llegado la hora de girar en descubierta. Otro será el partido liberal que habiendo sido en su nacimiento un acéfalo y huachafo club de jacobinos escapados del pierolismo, se ha convertido, andando los años, en una especie de mesnada de lansquenets que si bien no cobra por hacer la guerra cobra por no hacerla. Otro será el partido nacional democrático que, aunque el más joven el intelectual y el más aseado de todos, no deja por eso de ser más nulo que todos en cuanto á influencia y autoridad sobre el pueblo. Otro finalmente— agregamos nosotros—podría ser el cuerpo general de bomberos si no estuviera distribuido con justa y matemática proporcionalidad entre los partidos antedichos.

De un concierto tan adefesiero y tan desamparado como una asamblea de tales partidos, no resultará lógicamente, un candidato que representando la voluntad popular represente al mismo tiempo la conveniencia de la nación. Resultará el candidato que quiera el señor Pardo. Es decir, resultará un candidato de clase que, sin estructura de estadista, mirará sin la presidencia de la república el último peldaño de su carrera de negociante.

ESCENARIO CRIOLLO

SINTOMAS

El señor Tudela y Varela quiere ser presidente de la república. Pero, naturalmente, si alguien se lo pregunta, lo niega. Y, además, se pone colorado. Ni más ni menos que como los muchachos á quienes se les descubre un mal pensamiento.

El partido constitucional, octogenario y reumático, reuniéndose en la casa de la calle de San Ildefonso, bajo las gloriosas patillas del general Cáceres, suele ocuparse de la salud de la patria. Pero esto no puede chocarle á nadie. Apenas si hace pensar en la ingerencia que aquí tienen en la salud de la gente los herbolarios, las "curiosas" y los curanderos.

Según el doctor Baltazar Caravedo, el Perú está en el consultorio de un médico chino.

El partido nacional democrático se olvida constantemente de su nombre de pila. En cambio no se olvida nunca de su mote.

Para un Presidente de criterio comercial como el señor Pardo, la presidencia de la república debe ser, sin duda alguna, como la gerencia de una gran empresa que girase con muchos millones.

Todavía hay en el Perú quienes creen que un socialista es un bandido y zarrapastroso.

La más fuerte columna de la candidatura del señor Aspíllaga es don Pedro de Ugarriza.

El señor Celestino Manchego Muñoz, nuestro amigo, está intoxicado de leguismo.

No sería raro que á la resurrección del Partido Demócrata siguiera la resurrección de la Unión

Cívica. El momento parece de resurrecciones. Aunque debía ser de sepelios.

El primer acto del doctor Durand en la presidencia de la república—según una frase inédita de uno de nuestros escritores—sería promulgar la Federación por bando.

Puede ser que, andando los años, el señor Farfán llegue á ser una gloria nacional. Solo que es conveniente para ello que el señor Farfán no pronuncie otro discurso de ocho días de duración.

UNA OPINION

El doctor Balbuena dice lo siguiente de la política peruana:

—La tranquilidad pública del Perú depende del volumen de los ingresos fiscales. Cuando estos ingresos eran muy pequeños no alcanzaban sino para unos cuantos políticos. Los demás, espoleados por el hambre, armaban una revuelta y se jugaban la vida. Las revoluciones establecían los turnos en el goce del presupuesto. Por eso, á medida que los ingresos fiscales han ido aumentando, los revolucionarios han ido extinguiéndose. Ahora una revolución es casi imposible. No hay quien la haga. El tesoro público alcanza casi para todos.

No nos explicamos por qué el doctor Balbuena no es catedrático de historia crítica del Perú en la Universidad.

LOS JOVENES UNIVERSITARIOS

Hay una porción de esta juventud que unas veces provoca la risa y otras la pena. Una porción que tiene la sabia naturaleza de un payaso con hambre. Es cierto que en San Marcos hay jóvenes de poder mental y de sano espíritu. Pero existe cada "vivo", cada simulador, que hace temblar el edificio, lo cual no es muy difícil, después de todo. Y estos que han

hecho de la Universidad una especie de trampolín para la política merecen ser recusados. No dudamos que de allí deberían salir los hombres de Estado mejor capacitados. Más, para que esto ocurriese, sería preciso que se sumergieran por entero en el estudio serio y profundo, á fin de vigorizar sus inteligencias y dar á su acción en un momento determinado un firme empuje científico. ¿Sucede esto? No, por desgracia. Se trata de saltar de un año á otro para conseguir la etiqueta decorativa de un título. Los estudiantes se vinculan á los hombres con "probabilidades de subir" por el puesto de amanuense de un ministerio, como el obrero, ignorante de su derecho,—lo cual lo excusa,—se vende por la butifarra de esas de "una gallina por medio"... Este es el sistema de compra y venta en que se desenvuelve la vida política nacional. Y por si esto no fuera suficiente, sepase que se ha dado el caso de que un estudiante apenas ingresado á la Facultad de Letras se creyó seriamente capacitado para ejercer las altas funciones públicas y para llevar la representación de la Universidad al extranjero, por el sólo hecho de haber traspasado las puertas del edificio todos los días. Naturalmente el portero se sintió ofendido.

LOS MALOS CATEDRATICOS

Y ya que de universitarios se trata, veámos algo que es fácil llevar á cabo. Hace tiempo que la pluma de "Ascanio" señaló á los "mestros" de la Universidad que deberían ser expulsados por los estudiantes en caso de que por otros medios más finos no se consiguiera el mismo resultado.

El "mestro" Pérez era uno de ellos; si mal no recordamos. Don Manuel B. ha pasado á la categoría de un pontón huachano. Así como al llegar á cierta edad avanzada los hombres pierden el control de la orina, el señor Pérez ha perdido el del cerebro y se mea verbalmente en su clase de la Universidad y en dos debates parlamentarios.

Y lo más curioso es que ahora que eso está prohibido nadie le pone multa. ¿Será porque "eso" tiene mucha salsa criolla?

UN CANDIDATO

El señor Aspíllaga tiene el defecto de no saber hablar de nada. Es un caballero sin tacha. Lo afirman desde su higiene hasta sus escarpines. Una vez fuimos á hacerle una entrevista. Le rodeamos, le exigimos, y él impertérrito:

—Nada—nos decía sonriendo—no les suelto prenda...

Volvimos nosotros á reanudar la lucha con los ojos brillantes de ironía:

—Nada... "no les soltaré prenda".

Y sigue el señor Aspíllaga sin soltar prenda. Lo único que ha soltado hasta ahora es la "paloma" de su candidatura.

La dirección de "Nuestra Epoca" no es responsable de los artículos firmados. Cada artículo representa las ideas de su autor aunque, por supuesto, no publicaremos artículos contrarios á nuestra orientación renovadora.

Nuestro compañero José Carlos Mariátegui ha renunciado totalmente á su pseudónimo de Juan Croniqueur, bajo el cual es conocido, y ha resuelto pedir perdón á Dios y al público por los muchos pecados que escribiendo con ese pseudónimo ha cometido.

La crisis de los Partidos

No se oculta al observador más superficial que el rasgo predominante del momento político es la ausencia de grupos organizados con orientaciones definidas. Se siente ya en el ambiente el rumor de los ajetres subterráneos y de las agitaciones preliminares de la próxima lucha presidencial; pero no se vislumbra ninguna reacción saludable, ninguna tendencia clara, ningún programa concreto e inarbolado por alguna agrupación prestigiosa y estable.

Pocos son seguramente los países en que los partidos políticos tienen un carácter tan personalista y están tan apartados de todo principio racional como en el Perú. Aun en sus mejores tiempos no han encarnado principios ni programas; han sido agrupaciones improvisadas al azar, amalgamas de fuerzas momentáneas que obedecían á impulsos ó necesidades del momento. Hoy, este estado de perpétua inestabilidad se ha acentuado. Nuestro viejos partidos están en plena decadencia y anarquía. Siendo su existencia nominal, las fuerzas políticas que actúan en su nombre, son simplemente personales.

El partido civil que surgió como reacción contra el militarismo, hace tiempo que ha perdido su razón de existir. A pesar de la reciente reorganización de su junta directiva, todos comprenden que ese partido está en plena liquidación. Desde hace más de un lustro es un nombre sin contenido, ó mejor dicho, con un contenido caótico de fracciones rivales entre sí.

El partido constitucional no pasó de ser un grupo incoloro, sin fuerza popular ni parlamentaria, mantenido solo por el prestigio militar de su jefe.

El partido demócrata puede decirse que murió con su egregio fundador. Para hacerlo revivir sería preciso que una personalidad sobresaliente renovara su programa armonizándolo con las nuevas necesidades nacionales. Y aun así le sería difícil reunir sus elementos dispersos. De muy dudoso éxito son los tímidos ensayos de reorganización de que se ha hablado últimamente.

El partido liberal parece estar en mejor condición que los anteriores: tiene unidad de dirección, fuerza parlamentaria numerosa, participación principal en el gobierno. Sin embargo, los gérmenes de disolución y de desprestigio le alcanzan. Sin temor de equivocarnos podemos afirmar que es un partido incapaz para el gobierno porque le falta dirigentes de valor social, intelectual ó político sobresaliente. Su cohesión, por otra parte, es solo aparente; pues algunos de sus componentes regionales están divorciados de la junta central, y actúan independientemente.

Queda solo el partido nacional democrático, que hace pocos años surgió gallardamente con un vasto programa de reformas inspiradas en tendencias progresistas muy moderadas. Hasta ahora su acción ha sido bien inspirada; pero tímida y vacilante. No se le puede juzgar mientras no acumule mayores elementos de acción. El mote de "futurista" que le ha dado el vulgo es el más apropiado para expresar su significación: no es una fuerza apreciable en el presente; lo será quizás en un futuro más ó menos lejano.

De este brevisimos análisis de nuestras fuerzas políticas se desprende la conclusión de que ac-

tualmente no hay agrupaciones que merezcan el nombre de partidos. Grupos sin cohesión íntima, sin hombres superiores, fraccionados por rivalidades y ambiciones, no tienen ya derecho á titularse partidos y su mantenimiento nominal es un convencionalismo hipócrita y peligroso.

Fácil es comprender el peligro que para el país significa esta situación anómala. La lucha política, en semejante ambiente, no puede ser sino agitación de intereses egoístas. Es casi imposible que surja de este caos un gobierno firme, capacitado para dirigir al país hacia una reorganización por medio de una política sana, realista, apartada de toda concupiscencia, de toda oligarquía y de toda fantasía.

Frente á ese peligro, no es, precisamente, la ruina de las viejas agrupaciones políticas la que debemos lamentar, ni es en su artificial reorganización en la que debemos cifrar nuestras esperanzas. Ante las amenazas que vislumbramos en el porvenir, el problema que debemos plantearnos es más radical. Es nada menos que el de la renovación de los métodos de acción política. ¿Qué agrupaciones deben reemplazar á nuestros partidos personalistas en ruina? He allí la grave cuestión.

La crisis de los partidos es universal. Una queja sorda se eleva en todas las democracias contra las máquinas políticas que sin más ideal que el poder, para servir intereses egoístas, se apoderan del sufragio ó lo mistifican, pretendiendo suplantar la verdadera democracia.

Se nos aconsejara, tal vez, la constitución de dos grandes parti-

dos de principios: las tendencias conservadoras el uno; de tendencias liberales el otro. Pero aparte de lo artificial de esa división, las grandes democracias inglesa y norteamericana, donde esos partidos de principios predominan, nos muestran agrandados desmesuradamente los vicios y peligros de los que tratamos de huir. Esas democracias corren graves riesgos en manos de los "caucus", que, con sus complicadas maquinaciones, hacen ilusorio el sufragio.

En artículo escrito á vuelo pluma no es posible esbozar los argumentos en pro ó en contra de los partidos de principios y de los nuevos métodos propuestos por quienes han estudiado los datos históricos y científicos del problema. Añadiremos solamente que las democracias contemporáneas parecen inclinarse á las agrupaciones de programas concretos y unilaterales, mejor dicho á las ligas con propósitos definidos, extrañas á toda ambición personalista, á toda máquina política y á toda presión sobre las conciencias. Ya entre nosotros, en un discurso universitario, un distinguido catedrático de jurisprudencia y eminente parlamentario, habló incidentalmente de la ineficacia de los partidos con programas "omnibus" y de la necesidad de nuevas agrupaciones más flexibles con fines concretos de renovación económica, tesis sugestiva que sostiene el gran publicista francés Ostrogorski.

Lo que debemos lamentar es que no haya en el país "conductores de pueblos" capaces de encarnar esa reacción y edificar sobre la ruina de los partidos "ligas" entusiastas y vigorosas que agrupen alrededor de un ideal definido, eminentemente nacionalista á los hombres de todos los grupos y de todas las clases sociales.

César Ugarte.

MALAS TENDENCIAS

EL DEBER DEL EJERCITO Y EL DEBER DEL ESTADO

Por José Carlos Mariátegui

Hasta ahora dura el eco del discurso del coronel Ballesteros. El que al principio no parecía sino un ardoroso brindis de sobremesa, de sonoro patriotismo y retórica huachafa, se está convirtiendo en una bandera militarista. Una bandera de papel de cometa izada en uno de los cables del 4 de febrero. Pero una bandera de toda suerte.

Acaso á esta fecha el propio coronel Ballesteros se ha asustado de su obra. Probablemente jamás se le ocurrió que su estribillo de los cañones llegase á conmover la república y á darle á él—profesional estudioso y sosegado—trazas de caudillo y síntomas de héroe.

Y quiera Dios que así sea. Porque si el coronel Ballesteros, en vez de un hombre modesto é ingenuo, como nosotros lo suponemos, es un hombre calculador y redomado, tendremos en el retablo de la política criolla á la mas peligrosa figura que podría aparecer en él. Tanto que un buen optimismo nuestro consiste en creer que el coronel Ballesteros no ha medido ni valorizado previamente la trascendencia de sus palabras sino que las ha dicho como se las ha dictado el corazón. Pues en esto reside lo indispensable para la tranquilidad y bienandanza nacionales. En que el discurso del coronel Ballesteros haya sido cosa del corazón y nó de la cabeza.

El papel del ejército

No exageramos. Muy grave, muy grave, sería que el ejército del Perú quisiera señalarles á los poderes públicos una orientación de su gusto. El grado de militarización que al país conviene no debe ser indicado de ninguna manera por el ejército. Es imprescindible que los poderes públicos elijan libremente la dirección primaria de la política gubernamental.

Un jefe militar que se pone de pie, delante de un auditorio militar también, para manifestar que hay que recomendarle al congreso que haga esto y que hay que quejarse de que no haya hecho aquello es, por eso, un jefe á quien se tiene que mirar como una amenaza.

¿Persigue popularidad? ¿Quiere grangearse unos cuantos aplausos? ¿Busca tales ó cuales felicitaciones? Entonces es un jefe que no se conforma con la normalidad de su existencia profesional. Es un jefe que ambiciona mayores órbitas de figuración. ¿Pretende únicamente que los poderes públicos sepan lo que el ejército apetece y anhela? Entonces es un jefe que trata de presionar á esos poderes públicos en un sentido dado. Es un jefe que enamorado de una convicción, acertada ó nó, aspira á imponerla al Estado. Siempre es, pues, un jefe cuya conducta no se encarrila dentro del rol austero del ejército.

Habrán quienes se pregunten:— ¿Luego un militar carece del mismo derecho que cualquier otro ciudadano para emitir públicamente sus ideas? Les responderemos, naturalmente, que sí. En todo país el militar no puede obrar como cualquier ciudadano. Es un ciudadano inhabilitado por su función para el amplio ejercicio de sus derechos políticos. Los militares no pueden celebrar mítines, no pueden pedir aumento de sueldo, no pueden demandar la guerra ni oponerse á ella, no pueden votar, no pueden afiliarse á ningún partido político. Su libertad individual está cohibida y su libertad colectiva anulada. No por capricho su misión es llamada misión de sacrificio y su carrera es llamada carrera de abnegación.

El fundamento de esta condición particular de los militares está universalmente sancionado. Luis Araquistain lo definía brillantemente. No hace mucho, á propósito de las juntas de defensa constituidas por los oficiales y los sargentos españoles, Araquistain les negaba á los militares la capacidad para sindicarse que les otorgaba á todos los funcionarios del Estado. Y se basaba en que la fuerza de los militares debe ser, al mismo tiempo, su debilidad. El Estado, efectivamente, al darles esa fuerza les prohíbe que usen de ella en su favor. Y los militares deben abstenerse de toda actitud de alcance político porque cualquier actitud suya, por tranquila que sea, entraña siempre una coacción, en virtud de la fuerza que la respalda. Esto es lo que hace censurable el discurso del coronel Ballesteros y lo que haría consternador que ese discurso obtuviese muestras de apoyo y de simpatía del ejército.

Los partidos, los grupos, los bandos políticos, que luchan por el predominio de sus sistemas y de sus conceptos, deben ser los que estudien y resuelvan si el Perú adopta ó nó una orientación militarista. Los militares, si tiene una noción sana de su verdadero papel, no deben intervenir en ese debate. No puede tolerarse que opinen sobre algo de tanta importancia en la marcha de la nación. Absolutamente, nó. Podría tolerarse tal vez que opinasen acerca de la ubicación del palacio arzobispal. Su concurrencia al debate público en este caso no sería tampoco cuerda, pero sería siquiera inofensiva. Daría risa; pero no daría miedo. Sería una bobada. Pero no sería un peligro.

Además el militarismo es aquí un error.

Ahora bien. No es solo que el ejército no deba insinuar ni marcar la dirección sustantiva del Estado. Es mucho más aún. Es también que esa orientación no debe ser en el Perú una orientación militarista.

Resulta, por consiguiente, que la presión militar para que el país se militarizase no sería mala únicamente por ser presión militar. Sería mala, además, por tender á que el país se militarizase. Nos colocaría delante de un medio malo y de una finalidad peor. Y así, ni aun podíamos tener el consuelo de que, hablando como de costumbre un lenguaje de refranes y aforismos, nos dijésemos una vez más que "el fin justifica los medios".

El país tiene que cuidar de su defensa armada. Pero debe hacerlo dentro de la proporción de sus recursos económicos. No sería sensato que el Estado abrumase al pueblo con un presupuesto de guerra exagerado ó que adquiriese deudas comprometedoras de su crédito para repletar los parques militares de esos cañones, fusiles y halas que han obsesionado al coronel Ballesteros.

Ningún Estado debe mostrarse, en verdad, más parco y discreto que el Estado peruano en esfuerzos militares. Todo le niega aptitud de Estado militar y nada le indica conveniencia de serlo.

Un motivo no más podríamos tener para acentuar intensa y denodadamente nuestra militarización: el anhelo de la revancha contra Chile. Únicamente este romántico sentimiento de reivindicación podría conducirnos á armarnos y pertrecharnos á cualquier costo. Y ya andamos casi unánimemente convencidos de la ineficacia de todo revanchismo.

Chile tendrá siempre, mientras nos dure el ardimiento revanchista, un poder bélico superior al nuestro. Cuando nosotros, mediante un sacrificio, compremos un barco, Chile, sin sacrificio alguno, podrá comprar tres. Y es que Chile no solo es un país más rico que el Perú. Es, al mismo tiempo, un país que se preocupa más que el Perú de mejorar su riqueza. Y es más fuerte que el Perú porque es más rico.

Luego ni aún el revanchismo puede inducirnos á adoptar una orientación militarista. Claramente miramos que la riqueza y no las armas nos dará algún día la codiciada superioridad sobre Chile.

Política de trabajo y no política de apertrechamiento es, pues, la que aquí nos hace falta. Política de trabajo y también política de educación. Que se explote nuestro territorio y que se acabe con nuestro analfabetismo y tendremos entonces dinero y soldados para la defensa del territorio peruano.

Pobres, descamisados y hambrientos, ¿cómo va á ser posible que pensemos en una gran escuadra ni en un buen ejército? Nos pareceríamos como nación á un hombre que gastase en armas el dinero que debía gastar en pan y que invirtiese en ejercitarse en la esgrima el tiempo que debía invertir en ganar dinero.

No podemos tener ejército aún

Hay mucho más todavía. Carecemos de espíritu militar. Nuestro pueblo no es un pueblo militar. Y á nadie se le ocurrirá aconsejarnos que improvisemos el espíritu militar que nos falta.

La gran mayoría de los peruanos, los tres millones de indios embrutecidos y esclavizados y de las sierras, no posee noción de la patria. Y, sin embargo, de esa masa aborigen inconsciente, habremos de extraer en un caso de guerra el ejército que nos defienda.

Contemplemos ahora mismo nuestro ejército y digámonos si es realmente un ejército. Analizándolo rápidamente notaremos que la tropa es compuesta por los indios coercitivamente enrolados. Esos indios no aman ni estiman su condición de soldados. La aborrecen. Se hallan siempre en el umbral de la desertión.

La oficialidad está compuesta, en un noventa por ciento, por gente llevada á la escuela militar una vez por la miseria del medio y otras veces por el fracaso personal. La vocación militar apenas si asoma de raro en raro. Para comprobarlo basta con reparar en que, mientras en otros países la aristocracia puebla los colegios militares, entre nosotros, los jóvenes "decentes" burlan la conscripción. Y en que hasta hace muy poco los severos padres de familia "metían" en la escuela militar al hijo más desalmado, jaranista y bribón. La escuela militar era para ellos una especie de escuela correccional donde "á punta de palo" eran enmendados los muchachos de mala índole y deshonestas travesuras. (*)

No podemos tener, pues, un ejército verdadero. Los peruanos no quieren ser soldados. Si aumentásemos nuestros efectivos no será, evidentemente que hemos concentrado más soldados en nuestros cuarteles. Será que hemos concentrado más indios cogidos á lazo por subprefectos y gendarmes.

No debemos entonces engañarnos

No huyamos de la verdad por fea y amarga que sea. Antes bien busquémosla para dirigir nuestros pasos conforme á lo que ella nos diga. Busquémosla aunque nos diga que no somos un pueblo militar y queramos serlo. Aunque nos diga que no tenemos soldados y queramos acuartelarlos. Aunque nos diga que carecemos de ejército y queramos comprarle mil cañones. Aunque nos diga que nos hace falta desarrollo económico y queramos apertrechamiento bélico.

Desde hace un siglo aproximadamente consumimos nuestra energía en mantener nuestras milicias. Por el lujo de querer ser fuertes y marciales nos hemos olvidado de la necesidad de ser trabajadores y ricos. El pueblo, paupérrimo y miserable, ha vivido para alimentar un ejército. Y, á costa de todo esto, no contamos hoy con un ejército siquiera. Apenas si hemos formado una burocracia más ó menos bien comida y más ó menos mal encaminada.

No vayamos más allá.

Y en vez de pensar en acuartelar soldados pensemos en formarlos. Ya vendrá el día de que los acuartelemos. Si para nuestra felicidad es preciso que venga.

José Carlos Mariátegui.

(*) Es justicia decir que no pasa lo mismo en la marina. A la escuela naval, más que á la escuela militar, se encaminan muchos jóvenes por vocación. La oficialidad de la escuadra es más selecta y culta que la del ejército. Hay también razón para que así sea. La vida en los buques favorece y auspicia el estudio y se acomoda al gusto de los espíritus más finos y mejor cultivados.

FRENTE A LA REALIDAD NACIONAL

El deber político de las asociaciones gremiales

Por César FALCON

No es necesario un profundo análisis para descubrir que nuestro pueblo no tiene espíritu de asociación. En los individuos de todas las esferas de la colectividad se advierte lo que podríamos llamar una derrota individualista. Un retraimiento, una impulsiva é innata tendencia á separarse del conjunto y á trabajar por sí propio.

En la lucha por el beneficio individual se esterilizan todos los propósitos de mejoramiento colectivo, porque este solo puede

conseguirse por la acción mancomunada de los elementos de la misma clase. No decimos de la misma clase irreflexivamente. En nuestro concepto, la lucha política, es, en estos días, una lucha de clases. El antiguo concepto partidarista—imperante aun en el Perú—fundamentado en diversas apreciaciones del método gubernamental, no tiene valor positivo ninguno ante las modernas teorías de la ciencia social. Hoy no hay más diferencias sustanciales que

las de las clases. La cuestión política se ha elevado de plano y se ha convertido, por evolución, en una trascendente cuestión social.

Por esto, la agrupación democrática, como entidad política, no alcanza a satisfacer las aspiraciones de los pueblos. Democracia quiere decir que todos los hombres tienen los mismos derechos legales. Y los pueblos han llegado a saber que no pueden alcanzar su bienestar ni su ventura con la sola concesión de esta pretendida igualdad de todos los hombres ante la ley. Esta agrupación jacobina se ha derrumbado por su propia inconsistencia. La organización estadual no puede fundamentarse hoy sino en un principio de equidad económica.

Grave error es promover y fomentar actualmente las luchas de partidos. Las agrupaciones exclusivamente partidistas no tienen significado ninguno ni pueden aspirar al amor de pueblo. Todas ellas encubren y desfiguran maliciosamente el problema de la desigualdad económica. En el caso particular de nosotros, los partidos no son sino un grupo de "vivos" que explotan la ingenuidad permanente y el apasionamiento circunstancial de otro grupo más vasto de ignorantes.

Si estuviésemos estudiando la organización de nuestros partidos, advertiríamos que la actual disgregación de ellos es una prueba de cuanto hasta aquí llevamos dicho. A ningún hombre moderno puede interesarle este ó aquél método de gobierno. En cambio, á todos interesa á unos por defenderla, y á otros por el deseo de mejorarla— la constitución actual de la sociedad. El método de gobierno es una consecuencia. Lo sustantivo, lo fundamental, es el concepto constitutivo de la sociedad.

Los maximalistas rusos no han luchado por alterar el régimen gubernativo. Esta lucha ha estado á cargo de la burguesía, de los sostenedores de la democracia, de los embaucadores del pueblo. El fin de la segunda revolución rusa— la más noble y generosa revolución moderna—ha sido el mejoramiento social. ¿Qué puede importarnos a los obreros ó á los campesinos rusos que sean los burgueses, y ni la nobleza imperial los que los esclavicen y exploten? Lo que les importa es no ser explotados ni esclavizados.

Definido así el carácter de los ideales de las colectividades debemos insistir en afirmar que entre nosotros, como en todas partes, no puede prestarse atención á las controversias ni á los programas de los grupos esencialmente políticos. Ninguno de ellos contempla el verdadero problema de la nacionalidad. Ya está dicho que este es un problema de clase. Y solo de este modo pueden apreciarlo los que piensan sensatamente.

Aquí no ha llegado á plantearse de una manera concreta por esa tendencia individualista que señalamos al principio. No puede ocultarse, sin embargo, que se le siente y se le sufre. Cada hombre que aisladamente y recurriendo á todos los medios, lucha por mejorar su condición personal es una prueba viva de nuestra afirmación.

¿Qué han hecho por conseguir su mejoramiento las clases desfavorcidas?

Puede rebatirse nuestra premisa presentando como prueba de su inexactitud la pasividad de las propias clases desamparadas, que son las que más duramente sufren las consecuencias de la injusta desigualdad de la sociedad, y, en consecuencia, las más interesadas en mejorarla. Oportunamente nos hemos anticipado á presentar una de

las causas principales de esta aparente conformidad. Pero debemos evidenciar con más pruebas que las clases desvalidas se han defendido y se defienden.

En ningún país como en el nuestro se ha combatido con más crueldad y con mayor ensañamiento todas las reacciones de las clases trabajadoras. Tampoco en país ninguno se les ha alejado más del poder público. Los trabajadores no llegan jamás á las instituciones oficiales. Si uno ó dos han subido hasta ellas ha sido mediante una transacción vergonzosa con los acaparadores del poder.

Muchas huelgas, casi todas, han sido deshechas á tiros. La fuerza siempre ha estado pronta á acudir en auxilio del capital. En cualquier otro país estos actos habrían determinado un pronunciamiento popular. Pero entre nosotros la acción de la tropa en toda oportunidad ha actuado de acuerdo con el cohecho y la compra. Los derechos de los proletarios han sido siempre defendidos por los doctores, y en nuestro país ningún producto puede mercarse más fácilmente que los doctores.

De este modo, el asesinato se ha convertido en el Perú en la garantía de la explotación. O los hombres se resignan mansamente á ser explotados ó se les asesina. La astucia de no pocos, ha encontrado la manera de eludir esta terrible sentencia. Y han surgido los faros, los tráfugos, todos estos miserables elementos de las clases trabajadoras que venden sus conciencias á los poderosos y traicionan á sus compañeros.

Frente á la negra perspectiva de la muerte—morir de hambre ó morir de bala—los trabajadores se han preocupado solo de procurarse la manera de ser enterrados lo mejor posible. Solo con este fin se han asociado. Todas las sociedades obreras establecidas en el país no tienen sino un fin caritativo. Su única aspiración es enterrar bien á los que las componen.

Alguna vez han intentado tener una finalidad más amplia y generosa. Entonces la fuerza ha estado pronta á disolverlas. La primera medida de las autoridades frente al más insignificante conflicto obrero es clausurar el local donde se celebran las reuniones. A nada se persigue con más encarnizamiento que á toda idea encaminada á reunir á los trabajadores para redimirlos.

Y aquí nos encontramos con otra de las causas de la inorganización de la clase obrera. El oro de los empresarios, la amenaza del gobierno y las dádivas de todo orden han detenido siempre á los elementos que han intentado organizarla. Para muchos este intento es el más fructífero medio de especulación. Y es, también, en consecuencia, el origen del estado actual de la colectividad trabajadora.

División y subdivisiones de las clases.

No podemos aceptar, desde luego, la clasificación estúpida que divide á las colectividades en clase plebeya, clase media y clase aristocrática. Dentro de un orden científico-social no pueden admitirse sino dos clases: la de los trabajadores y la de los capitalistas.

Solo entre estas puede plantearse el verdadero problema. Hay grupos de trabajadores allegados á los capitalistas por las exigencias de su miseria. Quien no disfruta de los recursos indispensables para su vida tiende á acercarse á los que tienen exceso de ellos para recibir sus beneficios piadosamente otorgados como limosna.

La clase aristocrática, como se ha formado en nuestro medio, es

"Nuestra Epoca"

á la verdad, la propia clase capitalista. Los capitalistas son los que obtienen las mayores utilidades con la menor suma de esfuerzos personales. El capital reditúa desproporcionadamente más que el trabajo.

Al contrario, los trabajadores son los que obtienen las menores utilidades con la mayor suma de esfuerzos personales. El trabajo tiene un valor antojadizo. Y el capital lo cotiza siempre de acuerdo con sus conveniencias.

Dentro de esta división genérica debe considerarse como trabajador á todo aquel cuyo esfuerzo personal no le asegura amplia é independientemente los medios de vida, y capitalista á todos los que la redituación de sus capitales se los proporcione con exceso. El pequeño industrial cuyo capital no es sino un medio de trabajo es, por hoy, el tipo más allegado á una organización social equitativa y justa.

No interesa estudiar las diversas subdivisiones de los capitalistas. Claro que desde el gran empresario, explotador de miles de hombres, hasta el que vive á expensas de un solo dependiente, pasando por el latifundista que ha arrebatado sus tierras á los aborígenes, hay muchas "subclases". Pero lo importante para nuestro objeto, es clasificar á los trabajadores.

También entre los trabajadores, desde el alto empleado de oficina, hasta el miserable indio esclavizado en las minas, hay muchas subdivisiones. Unos tocan los límites del capitalismo. Son los peores enemigos de los proletarios. Nunca serán ellos los que hagan justicia. Mayor será siempre el ensañamiento de un gerente de empresa para explotar á los obreros que el del empresario mismo.

Los trabajadores de la subdivisión más alta viven en parte de su trabajo propio y en parte de sus compañeros inferiores. Son el lazo que amarra en la esclavitud á los trabajadores. No se atreven á proclamar una organización más equitativa por temor á desmejorar su condición. Sin ellos los capitalistas no podrían imponerse. Juzgalos por estos, sus inmediatos inferiores, colaboran, en su respectiva esfera, en los mismos planes. La explicación psicológica de esta traición es muy sencilla. Todos los hombres luchan por disminuir la cantidad de esfuerzo para su subsistencia. Tan intenso es este anhelo, que quien ha obtenido una mínima rebaja no vacila en traicionar á sus compañeros para conservarla.

La última subdivisión es la de los obreros y operarios. En estos la proporción de esfuerzo es enormemente más elevada que la de utilidades. El esfuerzo de estos tiene que cubrir el pequeño déficit del de los empleados y el cuantioso de los capitalistas.

No está dentro de las proporciones de este artículo hacer una comparación minuciosa de la capacidad productiva de los hombres, desde la más elevada clase capitalista hasta la más baja clase trabajadora. Aquí solo hemos querido hacer una reseña breve, muy breve, de las divisiones y subdivisiones de clases, según las entendemos nosotros. Solo hemos querido, en suma, dejar establecido que, en nuestro concepto, las clases son dos: la de los capitalistas y la de los trabajadores, y que, dentro de esta última, las más desfavorcidas subdivisiones son las de los obreros hasta los más bajos operarios.

El deber de asociación y el deber de acción.

Planteados así el problema, su solución corresponde íntegramente

te á la clase trabajadora, ó mejor dicho, á los obreros y operarios, puesto que ya hemos asegurado que las otras subdivisiones de esta clase son aliadas incondicionales de los capitalistas. No necesitamos demostrar como todos los males de la sociedad se derivan de la injusta distribución del capital. El capital es dueño de la fuerza. Se sirve de ella para desequilibrar en su provecho la organización social.

Los obreros no cuentan todavía con una fuerza igual, y no pueden, por tanto, establecer lucha franca con él. Tienen, pues, que resignarse á emprender una lucha en condiciones desfavorables. Pero una lucha ineludible, heroica, vital.

Como toda lucha desigual, esta debe ser hábilmente dirigida y sabiamente organizada. Cualquier falla insignificante puede tener consecuencias dolorosas.

El primordial deber de todos y cada uno de los trabajadores es constituirse en asociaciones netamente gremiales. Todos los esfuerzos deben concurrir á alcanzar este objeto. Para conseguirlo debe combatirse enérgicamente toda tendencia individualista. Hay que asociarse con una noble finalidad colectiva, con el propósito de laborar por el mejoramiento del gremio mismo.

Conseguida las organizaciones parciales de los gremios es preciso orientar la acción conjunta de todas ellas hacia el mejoramiento colectivo, hacia el ideal socialista.

Cada asociación debe formular su programa especial de acuerdo con las necesidades de su gremio y, sin apartarse este, propender al cumplimiento del programa general.

A este doble procedimiento activo es al que hemos llamado el deber de asociación y el deber de acción. Cumpliendo uno de ellos solamente nada se conseguiría. Los trabajadores forman la auténtica masa popular, la verdadera nacionalidad. La organización futura del estado les está, por esto, encomendada.

Se ha dicho que todos los males de la sociedad provienen del capital. Tolstoi dice que de la violencia de la fuerza. Pero la fuerza no es sino un instrumento del capitalismo. Los trabajadores, para organizar la nueva sociedad, tienen, pues, que combatirlo encarnizadamente en todas partes. Combatirlo en las fábricas y en los talleres por la huelga bien dirigida, en los actos electorales por la negación del voto á todo candidato que no represente las aspiraciones socialistas, en el campo y en la ciudad, en el gobierno y en las instituciones públicas.

César Falcón

Cuantas veces hemos dicho capitalistas, nos hemos referido á los capitalistas puros. No es capitalista quien, aún usufructuando un gran capital, devuelve con creces á la colectividad, en inteligencia y en ideas, las utilidades que recibe por reutilización de él.

DIALOGOS MAXIMOS

Por ABRAHAM VALDELOMAR

Manlio
—En tu arte, Aristipo, la Eternidad se condensa.

Aristipo
—La Eternidad es como la leche según tu razonamiento. Tal leche ha de tener, seguramente, nata. En mi literatura la nata es la gracia. Y, por un sistema deductivo, las obras de Mercadante, de acuerdo con esta ley parabólica y lactosa, serían leche desnatada. ¿Te parece?

Manlio
—¿Crees, Aristipo, que la Eternidad tiene nata?

Aristipo
—No dices tú, Manlio, que una obra de arte es un condensado de Eternidad?

Manlio
—Tal dije.

Aristipo
—¿Te parece una obra de arte la Gioconda de Leonardo, el florentino casto?

Manlio
—Por tal y por la mejor de todas la tengo.

Aristipo
—Pues bien. ¿Entonces la Gioconda es Eternidad condensada?

Manlio
—Justo, señor.

Aristipo
—Puedes, lógicamente, comparar á la Gioconda con un tarro de leche "Nestlé".

Manlio
—Burlábase Mercadante de tal comparación.

Aristipo
—Mercadante es como una taza de té con leche condensada.

Manlio
—Mercadante, Aristipo, te admira y habla bien de tí.

Aristipo
—Esto no me obliga á mí á hablar bien de él. El asno puede admirar al espejo que reproduce su figura. Esto no obliga á espejo á dejar de reproducir al burro.

Manlio
—El asno puede romper el espejo á coces.

Aristipo
—Cada pedazo de espejo reflejará un burro. De un asno que era será cincuenta veces asno. El asno perderá siempre.

Manlio
—Mercadante tiene plata...

Aristipo
—La plata está siempre entre rocas. Si le abres la cabeza le encontrarás plata nativa...

Manlio
—Mercadante te admira.

Aristipo
—Yo le desprecio porque no me comprende.

Manlio
—¿Entonces cómo te admira?

Aristipo
—El ratón recién nacido tiembla ante el gato que pasa; por instinto.

Manlio
—... ..

Aristipo
—... ..nciente... .. ado...

Manlio
—... .. pa... ..

Aristipo
—Locamente, profundamente, ciegame.

Manlio
—¿De una belleza?

Aristipo
—No. ¡Ah, cuán enamorado está mi corazón oval!

Manlio
—¿De una pintura? ¿De una mujer? ¿De un libro?

Aristipo
—No. Mi corazón angustiado quisiera dejar de latir atravesado por su espina dorsal!

Manlio
—¿Quieres decirme, sutil señor, de qué estás enamorado?

Aristipo
—Acercas tu copa, Manlio, y recibe estas dos lágrimas.

Manlio
—¡Ya!

Aristipo
—Bebe ahora esas dos gotas de Dolor. ¿Qué tal saben?

Manlio
—¡Ptá! ¡ptá! ¡ptá! (paladea). Tienen sabor á inteligencia... un sabor azul... son dulces como la mirada amorosa de dos personas que no se conocieron... ¡Cuán gratas son! Anda, Aristipo, escánciame dos más...

Aristipo
—¡Bebel! Bebes mi Manto. Las lágrimas son buenas para lo que tú sufres. Yo suelo ponérmelas en inyecciones hipodérmicas. ¡Ah, Manlio, baja los párpados, inclina la cabeza, pon tus dos manos sobre el corazón, piensa en Betheuse y escucha mi secreto:

Manlio
—¡Habla, señor!

Aristipo
—Estoy enamorado de un imposible.

Manlio
—Nada puede ¡oh Aristipo! resistirse á tu talento.

Aristipo
—Imagínate... no. Te digo solamente que si fuera una hembra, la conseguiría, si un cuadro podría adquirirlo; si un verso crearlo. Lo que yo amo es imposible.

Manlio
—¿Puedo suponer?

Aristipo
—Hombre eres y de arcilla te amasó el Dios del triángulo y la paloma, en el primer capítulo de la Biblia. Si supieras errarías por maldad. Es imposible que nadie suponga de qué estoy enamorado. ¡Mi corazón, sin embargo, es un ataúd enamorado!

Manlio
—No te comprendo, Señor.

Aristipo
—Escucha. Yo estaba conversando, en el campo, bajo los sauces hepáticos. (Los sauces, por padecer del hígado, tienen el cuerpo lleno de rajaduras). El sol se diluía en el cielo como una gota de sangre en un vaso de agua. Mi corazón era, en la miel del crepúsculo, como un albaricocque en una compotera. Fué cuando le ví. Era lo más bello que había sobre el dermis de la tierra. Era bello, alegre y agudo...

Manlio
—Era... ¡señor!...

Aristipo
—Un alfiler de corbata. ¡Oh amado alfiler de oro con dos piedras redondas cual granos de uva verde! ¿Se puede amar un alfiler de corbata hasta desear morir?

Manlio
—Dices que las piedras eran...

Aristipo
—¡Verdes como dos pupilas!

Manlio
—¿Amabas al prendedor?

Aristipo
—En él y de él, sólo amo las dos piedras...

Manlio
—De tenerle ¿qué harías?

Aristipo
—Sacar las dos piedras y...

Manlio
—¿Y la aguja?

Aristipo
—Me atravesara el corazón con ella.

Manlio
—... ..

Aristipo
—... .. llanto.

Manlio
—Mejor aún, bajo la luz aguada de la luna...

Aristipo
—... ..

Manlio
—Además, ¡oh maestro!, la vida está llena de alfileres de corbata. ¡Dame, Aristipo, otras dos lágrimas de esas!

El curso de la guerra

Por el doctor E. Schyzlo

Después de su embestida en Francia comenzada el 27 de mayo en la que los teutones han conseguido avanzar cincuenta kilómetros de fondo desde el Aisne hasta el Marne y después del ataque en más modesta escala entre el Avre y el Aisne no ha habido novedad en los últimos días y una calma casi absoluta ha prevalecido.

Cuáles son los propósitos de Hindenburg nadie lo sabe, pero los críticos militares ingleses y americanos están de acuerdo en pronosticar una ofensiva de proporciones mucho más vastas que las que se han realizado hasta ahora.

Para emitir tal criterio sobre los acontecimientos futuros de esta magna contienda se basan dichos críticos en la circunstancia que los alemanes no han empleado todavía sus reservas estratégicas y que no han efectuado ataques tan poderosos como son los que se han contemplado según los decires de sus generales.

En Francia, reina gran expectativa por el momento y las autoridades civiles están preparando ya la opinión pública para la gradual evacuación de la población de París. Es obvio que la hermosa capital del Sena, la más grande de las fortalezas de Europa, no corre todavía peligro alguno porque no se puede seriamente considerar como peligroso el bombardeo que sufre del cañón de largo alcance. Sin embargo, nadie puede acertar respecto al futuro y más vale ser precavido que vencido.

Cuántas veces ha asegurado Clemenciau, el gran patriota francés cuya figura se destaca erguida en los momentos culminantes de la historia mundial, que no hay por qué asustarse, que todo terminará en la mejor forma posible y que solo hay que esperar unos cuantos días hasta que mejore la situación y hasta que los miles ó mejor dicho millones de soldados yanquis que combaten por los principios de la democracia hayan repelido á los enemigos del suelo sagrado de Galia. Pero mientras tanto, el adversario se encuentra á poca distancia de Compiègne donde el cañón rugie y desde la torre Eiffel los curiosos pueden con toda comodidad observar los pormenores de la batalla. Los alemanes están demasiado cerca de París para que las medidas de prudencia que se han encarado fuesen consideradas como inútiles alarmas.

La ofensiva en el frente italiano puede dominarse, la ofensiva silenciosa porque nada de tranquilizador sugiere efectivamente á la opinión pública la falta de noticias oficiales que no tiene paralelo en la historia de la presente guerra. Muchas personas hasta han dudado si era realidad tal ofensiva, pero las declaraciones hechas en el parlamento italiano y repetidas en varias ocasiones, no se las puede poner en duda. Los austriacos según parece han cruzado el Piave pero se ignora la suerte ulterior que han sufrido.

No cabe equívoco de que la presente ofensiva tiene por objeto forzar á Italia á firmar la paz con los imperios centrales siguiendo el ejemplo de Rusia y de Rumanía, la que en sesión solemne ha ratificado su tratado de paz con Austria-Hungría.

Los rumanos no están contentos con las condiciones de dicha paz sin embargo han recibido talvez más de lo que les ha prometido la "Entente" porque Besarabia vale por lo menos tanto como Transilvania y cuenta con una población de más de dos millones de

Torre de marfil



Buen
Dios,
ten
nos

en
vos;
y en
pos

de
la
cruz

que
da
luz...

Cuadro

Puna...
Suena
una
quena...

Bruna
pena,
luna
llena...

Alba
cresta
calva...

Muda
cuesta
ruda...

Mi tierra

Mi tierra
paisaje
de sierra
salvaje...

Paraje
que encierra
coraje
de guerra.

Los hombres:
lo altivo.
Los nombres:
la Fama.
La rama
de olivo.

Nocherniega

Por las noches
las linternas
de los coches...
Damas tiernas

de aureos broches
en las piernas,
y fantoches...
Las cavernas

de los vicios...
Maleficios...
Gata bulla

del tejado,
y atiplado
can que ahúlla...

Anacreóntica

Por sobre las dubas
la vid se derrama,
negrean las uvas
del racimo en rama...

A gustar no subas
la miel que no inflama...
Sileno á las cubas,
alegre, te llama...

Ve joven Dioniso,
que el zumo jocundo
te dará su hechizo...

E irás vagabundo,
prendidas al rizo
las rosas del mundo...

Percy Gibson.

"Nuestra Epoca"

YA NUNCA.....

Las tres hermanas blancas
de luengas cabelleras rubias,
están jugando á darse besos
bajo la luna.....

En el juego han perdido
los anillos de nupcias
que unos mancebos de ojos tristes,
en cambio de ventura,
les pusieron al dedo una mañana...
Y ellas, desfavoridas, buscan,
arrastrando sus trenzas,
por la crespa verdura .

Después pierden los ojos;
(¡ah! cuánto tiempo buscan)
y de tanto inclinarse
los ceñidores dejan los cinturas
al descubierto; y el Sol muerde
sus carnes, como frutas.....

Ya no vendrán. Espero
sin embargo á la mía, á la única
de todas las hermanas de la tierra
que me dijo que aguarde.....

(Una por una
han muerto en el silencio,
sin encontrar la ruta .)
Y mi esperanza, sólo es esperanza,
porque toda esperanza; dice: ¡nun-
(ca!.....

César A. Rodríguez .

habitantes. De todas las provincias de Rusia, Besarabia era conocida por su feracidad, el trigo da allá abundantes cosechas y el maíz crece con profusión siendo también importante el cultivo de la vid y del tabaco. Para un país que ha sufrido tal desastre militar como Rumanía la compensación que le ha otorgado la Alianza Central es notable y sería curioso ver si los aliados hubieran procedido en la misma forma si estuviesen en su lugar.

La participación a la guerra de Rumanía era un golpe de la campaña de prensa sostenida por el famoso profesor Take Jonescu al que hoy nadie nombra pero cuyo apellido fue mencionado a menudo por el cable cuanto éste seguía su campaña de la prensa para azuzar mediante los fondos secretos remitidos por Sazonoff á que participara Rumanía en la guerra. Debería servir de fecunda vinculación y de enseñanza para los países neutrales el triste desengaño y el holocausto del pueblo rumano al que han lanzado á la guerra manos irresponsables por conveniencias meramente personales. Y Rusia ha dejado a su aliada en el aislamiento más completo, importándole muy poco el sacrificio de Rumanía. Cuando los rumanos invadieron Transilvania los rusos en vez de ayudarlos de otro modo que con huecas promesas sobre la victoria final han permanecido en una prudente defensiva descontando la probabilidad de una paz honrosa para Rusia con la repartición del territorio rumano entre ella y los imperios centrales. El nombre de Stuermer quedará en la historia como el de un traidor hipócrita quien no ha cumplido con sus obligaciones y quien ha detenido los armamentos destinados á Rumanía sin dejarlos salir de Rusia en la hora crítica de la batalla .

Respecto á ese último país sigue aún la situación muy anárquica, pero los maximalistas continúan guardando el poder porque han sabido ganarse las simpatías populares por la conclusión de la paz por muy ónerosas que fuesen sus condiciones .

El pueblo ruso harto de vanos ideales y de tanto derrame de sangre ha reflexionado y optó por la paz constituía para el punto de partida que salvaguardaba toda labor para su resurgimiento

E. Schyzlo .